

DE LA CABILIA A BARCELONA: RECORRIDOS ANTROPOLÓGICOS.¹

En primer lugar quiero agradecer a la Facultad, en la persona de la decana, y al Departamento este homenaje. Mi despedida coincide con la despedida de este edificio que, prácticamente, inauguré en septiembre de 1977. En honor a la verdad, debo decir que si bien añoraré mis actividades en el Departamento, en particular la docencia, no añoraré, sin embargo, este edificio y aún menos las torres A y B que tienen la particularidad de enfatizar las características climáticas. Helado en invierno y tórrido en verano. Pero mi llegada y mi despedida coinciden con acontecimientos de mucho mayor calado para la antropología. Llegué aquí, debido a una extensión formidable de nuestra disciplina, gracias al impulso dado por el Dr. Claudio Esteva Fabregat, que supo, en aquella década y en la siguiente, anticipar las oportunidades que podían dar las reformas del plan de estudios. Ahora que me voy, está amenazada por el proyecto del Ministerio, que prevé reunir en una misma titulación, la sociología y la antropología, borrando así nuestra especificidad con relación a otras ciencias sociales. En un mundo cada vez más globalizado, privilegiar la diversidad cultural y darle legitimidad no parece estar al orden del día y, menos aún, cuando, desde una perspectiva de rentabilidad inmediata, el método propio de la antropología, la etnográfica, requiere un trabajo de campo de cierta duración.

Volviendo a mi trayectoria profesional —y personal—, cuando en septiembre de 1977, me incorporé como profesora no numeraria al Departamento de Antropología Cultural, como era su nombre en aquel momento, conjuntamente con otras dos profesoras también de origen extranjero creo saber que ocasionó cierto desconcierto en esta Facultad, cuando ganamos plazas por concurso. Para expresarlo en clave positiva, diré que parecíamos las tres indudablemente muy exóticas, no obstante, tratándose de profesoras de antropología, no creo que fuese tan disparatado, si bien permanecía el interrogante del motivo de nuestra presencia aquí. En el caso de Dolores Juliano, aquí presente, dado el terror que ejercía la dictadura en Argentina, la respuesta era muy simple e implacable. En mi caso, mucho menos, los motivos eran familiares y se compaginaban con cierta afición mía por el nomadismo. De todos modos, si recuerdo bien, en uno de sus textos, Dolores Juliano hace alusión al nomadismo de las mujeres y a la preeminencia de la residencia virilocal en la elección del domicilio, mientras la situación inversa es mucho menos frecuente. Me casé en Argelia con un catalán que, por convicciones políticas, en aquel entonces vivía fuera de su país. En Argelia, estuve casi tres años, en la *wilaya* de la Gran Cabilia, región amazigh, en el marco de un programa pluridisciplinar de cooperación sobre salud e higiene mental. Mi tarea consistía en recoger datos etnográficos sobre las creencias relativas al origen de

¹ Lección magistral dictada el 7 de junio del 2006 en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona, con motivo del homenaje que la citada Facultad y el Departamento de Antropología Social y Cultural le dedicaron.

las dolencias, las terapias locales, las concepciones del cuerpo, así como sobre las relaciones entre los diferentes roles de la familia extensa. Debo decir que mi formación anterior no era específicamente antropológica y que me inicié en la antropología mediante esta práctica. Esto no es excepcional en nuestra disciplina, tanto entre sus autores más emblemáticos como entre gente de mi generación e inclusive más joven. Si, pues, empecé por la etnografía, rápidamente, sentí la obligación de enmarcarla en una reflexión teórica. No creo que haya un orden de prioridad en cada uno de estos pasos, pero ambos son ineludibles para experimentar lo que François Laplantine llama “las tensiones constitutivas de la práctica antropológica”. En mi caso, fueron dos los motivos que me impulsaron a ello: en primer lugar, mi posición de cooperante procedente de la antigua potencia colonial, lo que llevaba forzosamente a una valoración crítica de las relaciones norte-sur y del imperialismo cultural occidental; en segundo lugar, la necesidad de valorar la propia etnografía como práctica científica en que lo ético y lo cognitivo están íntimamente mezclados. Me parece oportuno recordar al respecto un texto de Pierre Bourdieu que fue muy importante para mí en este período de inmersión teórica, y tan importante como la parte de su obra dedicada a la Cabilia y a Argelia. Se trata de *Esquisse d'une théorie de la pratique*, publicado en 1971, en Ginebra, en el que plantea la idea de que: “la reflexión epistemológica sobre las condiciones de posibilidad de la ciencia antropológica es parte integrante de ésta última, ya que una ciencia que tiene como objeto lo que le convierte en posible, como la lengua o la cultura, no puede constituirse sin constituir sus propias condiciones de posibilidad” (p. 167).²

Al finalizar mi estancia en Argelia, estuve cinco años en Ginebra, en el Instituto Universitario de Estudios del Desarrollo, entre los cuales tres años lo fueron de investigadora asociada y con participación en la docencia. Allí, la perspectiva crítica fue primordial, tanto en lo que se refiere al corpus metodológico y teórico de la antropología, como en lo que se refiere a las teorías y prácticas del desarrollo. Fueron años sumamente enriquecedores, de debates abiertos y de formidables intercambios intelectuales.

Una vez, en Barcelona, no me sedentaricé del todo, yendo a Aix-en-Provence, al entonces CRESM (Centre de Recherches et d' Etudes sur les Sociétés Méditerranéennes), y actualmente IREMAM (Institut de Recherche et d'Études sur le Monde Arabo-Musulman), para finalizar mi tesis doctoral sobre mi experiencia Cabileña. Si acabé finalmente por sedentarizarme, fue por la ampliación de mi carga docente con algunas asignaturas sobre África. Me limitaré a mencionar la más reciente de entre ellas, la Etnología del Magreb que he impartido en los últimos años.

A partir de los años ochenta y durante parte de los noventa, pude combinar, como otros de mis colegas, carga docente e investigación, con lo cual mi reciente sedentariedad dejó de ser total, más parecida a una trashumancia, para seguir con la metáfora. Por añadidura, mis ámbitos de investigación fueron varios, lo que traduce cierto nomadismo intelectual que algunos interpretarán como dispersión, pero que asumo perfectamente, porque si bien no hace más que ampliar la conciencia de lo que queda por aprender y saber, creo que, es también prueba de curiosidad y deseo de renovación. A partir de un primer estudio de antropología urbana en San Cugat del Valles, realizado en 1981 en el seno de un equipo pluridisciplinar, me adentré en una problemática que había presenciado ya en Argelia a

² Ver *Le sens pratique*, Editions de Minuit, Paris, 1980.

través de las reivindicaciones amazigh; se trata de la problemática de la etnicidad y de la identidad que, en Catalunya, se presentaba según el modelo de las *interethnic relations* propio de la literatura anglosajona de los años sesenta y setenta; es decir, como consecuencia de movimientos migratorios y de la formación de enclaves o comunidades culturalmente diversas. Participé a continuación en un proyecto sobre etnicidad y nacionalismo en Catalunya coordinado por Juanjo Pujadas. Esto me llevó, unos años más tarde, a abordar la problemática de la etnicidad y del nacionalismo en mi docencia.

Mi segundo ámbito de investigación fue en un área rural de Andalucía oriental, concretamente en la provincia de Almería. Fue un encargo institucional para rescatar una cultura popular de un proceso de progresiva desaparición.

Conjuntamente con mi colega Pedro Molina, de la Universidad de la Almería, coordinamos lo que debía ser un Atlas etnográfico en el sentido más clásico del término. Sin embargo, frente a la expansión de una agricultura intensiva, eminentemente impactante sobre el paisaje, paralela a incipiente desarrollo turístico en el litoral, no era materialmente posible realizar una tarea de “conservadores” de dicha cultura local, ni tampoco era científicamente aguantable limitarse a reconstruirla, tal como aparecía en la tradición oral y algunos rituales todavía en uso. Nos parecía pues más importante intentar analizar los mecanismos en juego en este proceso de transformación tecnológico, económico, social y, por supuesto, cultural. El final de nuestro trabajo de campo coincidió con nuestra incorporación en un equipo de investigación internacional coordinado por Maurice Godelier sobre los procesos de transición que se prolongó en un proyecto sobre la pluralidad de las bases económicas en la reproducción de las familias y de las comunidades locales, coordinado del lado español por Dolors Comas d’Argemir, y, del lado francés, por Louis Assier-Andrieu, y en el que participaron también compañeros de nuestro Departamento, de la Universidad de Tarragona y de diversas Universidades españolas. Fue igualmente un período de una increíble riqueza intelectual, gracias a una práctica de campo nutrida por una reflexión teórica innovadora e, inversamente, de una práctica que iluminaba el debate teórico. En la zona que habíamos estudiado, la transformación tecnológica no había modificado el carácter principalmente doméstico de la producción, inclusive la había intensificado; además, la necesidad multisecular de completar los recursos por actividades exteriores a la explotación agrícola seguía siendo una condición imprescindible de la reproducción del propio grupo doméstico y marcaba los límites de una futura expansión.

Fueron años en que compagine mi implicación en Andalucía con investigaciones puntuales sobre la problemática migratoria en Catalunya y, sobre todo, con una participación activa en el debate iniciado dentro de un grupo formado en el seno del Institut Català d’Antropologia, el ERAPI (Equip de Recerca en Antropologia dels Processos Identitaris); y con mi participación activa en varios proyectos de investigación, de carácter internacional, relacionados con la producción social del extranjero. Pero —y lo menciono como puro ejemplo de mi propensión al nomadismo intelectual, o mejor dicho, temático— realicé en este período un encargo para el Ayuntamiento de Barcelona, previsto para los Juegos Olímpicos, pero cuya publicación se retrasó unos meses. Se trata de un libro sobre los mercados de Barcelona —*Els Mercats de Barcelona* (1992)— que fue, lo confieso, una experiencia extremadamente lúdica porque me gusta el cocinar, el buen comer y todo lo que se relaciona con ello.

Volviendo a la producción social del extranjero, mi implicación en este enfoque me permitió a continuación conseguir una beca de investigación de tres meses en el Instituto Universitario Europeo de Florencia, entre 1993 y 1994, para participar en una investigación sobre identidades regionales y nacionales en Europa en los siglos XIX y XX; el año siguiente, disfruté de un año sabático, y conseguí dos becas de investigación, primero, una de tres meses para realizar una estancia en la *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales*, y otra de cuatro meses en la Universidad de Berkeley, en la que disfruté de sus maravillosas bibliotecas.

En lo que se refiere a la problemática de las migraciones, de hecho, ha sido transversal en toda mi carrera, desde los migrantes cabileños de vacaciones al país, los y las almerienses de regreso a su tierra, hasta los y las andaluces de San Cugat, los africanos y africanas de Barcelona; igualmente, ha estado presente en las diferentes temáticas sobre las que he enseñado, reflexionado, escrito y publicado. Finalmente, como lo he dicho a través de la metáfora del nomadismo, ha formado parte de mi experiencia vital. Sin embargo, he tardado mucho antes de decidirme a dar una asignatura específica al respecto; eso se debe a la amplitud del tema y a la gran disparidad de los enfoques al respecto. La asignatura de tercer ciclo que he impartido en los últimos años sobre migraciones y procesos identitarios, no la he enfocado solamente como un estudio de la interacción entre migrantes y no migrantes y de los aspectos relacionados con la integración cultural, sino que he intentado plantearla como un tema que se inscribe en lo que ha llamado Alain Tarrus la antropología del movimiento. La cuestión migratoria tiene en la actualidad y, desde hace casi dos décadas, una enorme resonancia social. Sería frívolo, habida cuenta de las pateras y los cayucos que cada día intentan alcanzar las costas europeas, decir que es un tema de moda, pero es tan candente que la demanda por parte de los poderes públicos hacia los científicos sociales es tal y tan urgente que nos obliga a reflexionar críticamente sobre el *feedback* que se produce entre sendas partes en cuanto a herramientas, construcción de categorías y de modelos. También debemos reflexionar sobre la reiteración y la circularidad de gran parte de la producción científica sobre el tema y sobre la instrumentación política de algunos conceptos, que, de este modo, acaban vaciándose. Quisiera al respecto abrir un inciso. Es indudable que la demanda social e institucional influye sobre nuestras elecciones en materia de investigación. Frente a la dureza de la realidad migratoria, no podemos éticamente abstraernos e ignorar cómo se van extendiendo las fronteras cognitivas, sociales y políticas entre, por una parte, un "nosotros" —definido según la coyuntura— y diferentes categorías de "otros" definidos a partir de la distancia cultural que les separa de los primeros, haciendo caso omiso de las condiciones materiales de existencia, al origen de su presencia aquí.

El discurso sobre la cultura suele ser excluyente, cuando se emite desde una posición de fuerza y cuando se controlan los códigos de definición. Pero, por suerte, a veces, deja espacios libres o, mejor dicho, intersticios no llenados de antemano por significados impuestos. Hay creatividad, desde la misma marginalidad, que se expresa en estrategias, iniciativas y reelaboraciones de las imágenes de sí mismos que el antropólogo o la antropóloga está, quizás más que ningún otro científico social, muy preparad@ para discernir en su mismo movimiento. Si tuviera que hacer una recomendación al respecto, alentaría a la nueva generación de antropólogas y antropólogos a adentrarse en estos universos, como lo hizo magistralmente el propio Abdelmalek Sayad en *L'immigration ou les paradoxes de*

l'alterité. Recomendaría intensificar y multiplicar las experiencias etnográficas, extender su radio de acción a los países de origen y a las diferentes etapas de los recorridos migratorios; en resumidas cuentas, recomendaría practicar una etnografía multisituada.

Siempre en relación con el estudio de las migraciones, quiero precisar que integro desde hace varios años el grupo de trabajo consolidado Multiculturalismo y género, coordinado por Mary Nash, en el que se da preferentemente la palabra a las mujeres inmigradas, a estas nómadas que por destino familiar o por voluntad propia, están lanzadas en la aventura del emigrar-inmigrar, con sus propios recursos, sus propias competencias y capacidad de agencia. Es lo que he intentado hacer junto con Cécile Miquel, becaria del departamento, al analizar los recorridos de mujeres de procedencia diversa pero con mente emprendedora, en un entorno como Barcelona, y captar el juego que se instaura entre sus prácticas cotidianas y sus referentes culturales; es decir, entender cómo consiguen integrar su estar aquí con su ser de allí, e inclusive, combinarlo en lo que Arjun Appadurai ha llamado un *ethnoscape*.

Además, en el seno de una red internacional de antropología del espacio, en la que participo desde 1997, he profundizado mi mirada sobre nuestro entorno urbano y sobre la dinámica que une la macro realidad en que se mueven los y las migrantes, con las realidades cotidianas micro locales en las que se implican. Entre los numerosos autores que me han sido de gran utilidad quiero destacar el nombre de Nestor García Canclini, por su análisis de las singulares combinaciones interculturales generadas por esta glocalización. Desde otra perspectiva, las reflexiones de Jean Remy, Yves Grafmeyer e Isaac Joseph me han convencido de que la ciudad no es, como lo piensan algunos urbanistas, solamente un objeto inerte sobre el cual se pueden ejercer actuaciones urbanísticas susceptibles por sí solas de mejorar la cotidianidad de la gente, sino que es un agente activo, capaz de escapar a todas las planificaciones a las que se la somete. Si bien la ciudad va cambiando bajo el impulso de decisiones institucionales y se convierte en un escaparate destinado a teatralizar el consenso colectivo, en fechas muy señaladas —los Juegos Olímpicos, el Forum de las Culturas— sus usuarios y usuarias, de procedencia muy diversa y dedicados a actividades también muy variadas, actúan sobre ella y contribuyen a dar a cada uno de sus espacios practicados una impronta personal, como lo enseña muy bien la película *En Construcción*, filmada en el Raval.

Me aventuré en estos últimos años en senderos inauditos que me han aparentemente alejado de mis primeros planteamientos. En el estudio del discurso, de la intersubjetividad y de las construcciones recíprocas y simultáneas de las representaciones del nosotros y del otro, en la etnografía de un cotidiano urbano multicultural que contrasta con modelos faraónicos de renovación urbanística, y finalmente, y como preocupación actual, en la construcción del intersticio como herramienta metodológica o locus heurístico en el estudio de fenómenos o situaciones que surgen fuera de las fronteras institucionales; es decir, esencialmente, informales. Estos recorridos, a veces caprichosos, a veces inconclusos, no solamente me han enfrentado a diversas corrientes de pensamiento, no forzosamente compatibles entre sí, sino que me han obligado a una valoración de mis propios conocimientos y de mis propias convicciones —los dos aspectos están para mí interconectados—. Algo así como una puesta en cuestión de lo que he hecho, escrito o defendido. Y también un agudo sentimiento de incompletud de mi propia información. En la etapa actual de mi vida, creo

que esto significa redefinirse en lo esencial, olvidando las modas y las pasiones efímeras. Guardaré como herencia el mensaje de dos maestros. El primero es de Luis Prieto, lingüista, que fue profesor mío en la Universidad de Ginebra. Solía decir: “es mediante las ciencias empíricas que se alcanza el conocimiento de la realidad material. Es mediante las ciencias sociales que se alcanza el conocimiento del conocimiento de la realidad material. Si bien la realidad material no nos es directamente accesible, sin embargo, existe y es la base de todas las cosas.”

El otro mensaje es simplemente una fórmula que Maurice Godelier utilizaba frecuentemente, y diría yo, didácticamente. Recordaba que se debía “siempre partir de las condiciones materiales de existencia, si se quería alcanzar cierta comprensión de los fenómenos sociales”.

Acabaré subrayando: ¿adónde me ha llevado el nomadismo? Pues, en mi caso y paradójicamente a casi treinta años en la misma Facultad y el mismo Departamento.